

LOS CRISTIANOS Y LA SEGURIDAD NACIONAL

Por

Renato POBLETE, S.J.



EN EL AÑO QUE vivimos, la Seguridad Nacional ha de ser tema para especialistas en cuestiones militares y se ha convertido en asunto de interés general. En diciembre de 1975 el Departamento de Economía de la Universidad de Chile organizó un seminario sobre Estrategias de Desarrollo Económico para Chile. Uno de los temas que merecieron una exposición fue la Seguridad Nacional. En febrero de 1976 el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Católica publicó la obra colectiva "Nuestro Camino". También en ella hay un trabajo sobre Seguridad Nacional. En este momento en la Universidad Católica de Chile y la Universidad Católica de Valparaíso se dictan cursos sobre la materia. El programa de Ciencias Sociales de 4º año medio incluye una unidad sobre el mismo tema.

Finalmente, en septiembre de 1976 apareció el primer número de la revista "Seguridad Nacional", publicación de la Academia Superior de Seguridad Nacional. En el editorial se dice que "el espíritu que la guía y la anima, es crear una conciencia de unidad nacional, a nivel de civiles y uniformados, que informe, analice y difunda los objetivos nacionales

del Supremo Gobierno, orientados a la construcción de un régimen político institucional basado en la concepción cristiana del hombre y de la sociedad, la subsidiariedad del Estado que le es inherente, y en una definición auténticamente nacionalista que permita el desarrollo político y socioeconómico, al servicio de todos y cada uno de los chilenos".

La reflexión cristiana no se ha hecho esperar. En septiembre de ese año Monseñor José Manuel Santos, obispo de Valdivia, publicó un trabajo "La Seguridad Nacional, Condición del Bien Común" en la obra en colaboración con otros que lleva por título "Seguridad Nacional y Bien Común". El tema es nuevo, sobre todo en la consideración de los cristianos. Por eso la reflexión debe continuar. Aquí nos limitaremos a ubicar la problemática de la Seguridad Nacional dentro de un contexto más amplio, a indicar cómo aborda la reflexión cristiana los problemas nuevos y por último daremos un botón de muestra de cómo pensar un punto en particular.

La inseguridad contemporánea y la seguridad nacional

La inseguridad es un componente de toda vida humana, de las personas, de

las familias y de los pueblos. El hombre ha vivido siempre amenazado por dos clases de peligros: peligros reales y peligros de fantasía. Peligros reales: las catástrofes naturales, las enfermedades, la agresividad de otros hombres, etc. Peligros de fantasía: enfermedades imaginarias (el hipocondríaco), persecuciones imaginarias (el paranoico), etc. La madurez consiste en reconocer los peligros en sus verdaderas dimensiones y en darles la respuesta adecuada. Es inmaduro tanto el que vive cuidándose de enfermedades posibles como el que desoye las advertencias más obvias de su organismo.

La inseguridad es una realidad vieja como el hombre; la búsqueda de la seguridad también. Los individuos y las naciones han buscado siempre su seguridad. Pero después de la Segunda Guerra Mundial ha aparecido un término nuevo —Seguridad Nacional— y ello es indicio de que estamos frente a formas nuevas de inseguridad.

Múltiples son las causas, que a menudo se entrelazan y se potencian mutuamente. Una de ellas es el extraordinario desarrollo de la ciencia y de la tecnología, que han resultado ser una espada de dos filos. Gracias a ellas es posible reducir notablemente la inseguridad que proviene de las enfermedades o de algunos fenómenos naturales. Pero al mismo tiempo la ciencia ha puesto un poder inaudito en las manos del agresor que anida en el corazón de todo hombre. El que tiene un cuchillo en la mano puede amenazar a varios hombres, el que tiene una ametralladora a algunos centenares. Pronto un grupo de fanáticos tendrá una bomba atómica de bolsillo y podrá amenazar a la ciudad de Nueva York.

Hoy es posible amenazar cualquier punto de la Tierra con cohetes intercontinentales o con submarinos nucleares. Gracias a los progresos del transporte militar, es posible también llevar una guerra convencional a cualquier lugar del globo. Por otro lado, se ha visto que la tecnología no es omnipotente y que un ejército moderno puede perder una guerra frente a uno más primitivo, como ha sido el caso en Indochina y en Argelia. Además en la década del 60 y en ésta se ha visto proliferar las guerrillas urbanas y rurales un poco por todas partes en el

Tercer Mundo. Todo esto genera una realidad nueva: una mayor posibilidad física de la guerra total.

En la sociedad hay un grupo especializado al cual le compete la tarea de garantizar la seguridad de ella: los militares. Para cumplir su misión específica, ellos necesitan desarrollar cualidades de la voluntad (valentía, constancia, etc.), pero también de la inteligencia. Entre éstas hay que considerar una adecuada teorización sobre la guerra y más ampliamente sobre la seguridad, interna y externa, nacional e internacional. La reflexión sobre estos temas no ha sido el patrimonio exclusivo de los militares. A lo largo de los siglos se han ocupado de ellos los filósofos, historiadores, políticos, y más recientemente los hombres de ciencia.

En el primer cuarto de este siglo se constituyó en Europa una disciplina nueva, la geopolítica, cuyo tema es la relación de los factores geográficos (territorio, población) con la política de los estados (soberanía). Ella se propone ordenar los aportes que provienen tanto de una reflexión general sobre el hombre y la sociedad como de la investigación particular de las diferentes ciencias (geografía, sociología, economía, teoría política, estrategia, etc.). (Cf. Jorge Atencio: *¿Qué es la Geopolítica?* Pleamar, Buenos Aires, 1965). Después de la Segunda Guerra Mundial comienza a desarrollarse en Estados Unidos una disciplina afín a la que los norteamericanos dan el nombre de "Asuntos de Seguridad Nacional" (National Security Affairs). Difiere de la europea en varios aspectos. Por de pronto explicita muy poco la concepción del hombre subyacente. En esto refleja el estilo de las ciencias sociales cultivadas en Estados Unidos. Los problemas que trata de preferencia son aquellos aparecidos en los últimos 30 años: el avance tecnológico en materia de armamentos, especialmente nucleares, la guerra subversiva y contrasubversiva, la toma de decisiones (se entiende de decisiones muy complejas), el manejo científico de la información (servicios de inteligencia), etc. (Cf. Richard Smoke. "National Security Affairs", en "Handbook of Political Science", vol. 8, Addison-Wesley Publishing Company, Reading Massachusetts, 1975). En América Latina la reflexión militar se nutre de ambas corrientes de pensamien-

to. Pero se ocupa, como es natural de los problemas más propios de la región. Tal es el caso de Brasil, de Perú, de Argentina y más recientemente de nuestro país.

El método de reflexión cristiana

La reflexión sobre geopolítica y sobre seguridad nacional no ha nacido en el suelo cultural cristiano. Los cristianos se encuentran frente a ella como frente a otros tantos aportes valiosos del pensamiento moderno: la teoría de la evolución, el psicoanálisis, la sociología de la religión, etc. Esta situación no es nueva para los cristianos. En el mundo antiguo se encontraron con corrientes de pensamiento que podían aportar mucho para la reflexión de la fe y que no habían nacido ni del Evangelio ni del Antiguo Testamento: el platonismo, el neoplatonismo, el estoicismo, etc. Más tarde, en la Edad Media, Aristóteles llegó a través de los árabes. Y así ha seguido sucediendo hasta nuestros días.

Frente a lo nuevo la reflexión cristiana ha solido pasar por dos etapas. La primera podemos caracterizarla con tres palabras: podar, agregar, yuxtaponer. La segunda es la asimilación recreadora. Vamos a ilustrar estas dos etapas con el ejemplo de la reacción cristiana frente a la teoría de la evolución. En la primera mitad del siglo había médicos católicos que en biología eran darwinistas y en teología tenían un pensamiento de estilo fixista. Como católicos no podían seguir a Darwin a letra. Le quitaban entonces el materialismo y le agregaban la creación del alma por Dios. Pero este darwinismo reformado se yuxtaponía a una concepción de la fe que no tomaba en cuenta la intuición profunda de las teorías evolutivas. En la segunda mitad de este siglo se difunde la concepción que Teilhard, por un lado, los escrituristas y los teólogos dogmáticos, por otro lado, venían trabajando desde hacía tiempo. Lo que resulta es algo enteramente nuevo. A la teoría de la evolución no se le ha agregado un piso espiritual, sino que ha sido repensada desde la raíz y se ha visto que lo espiritual está presente desde un comienzo. A la teología no se le agrega un capítulo evolutivo, sino que se ve que la evolución es una dimensión del universo y que, como tal, se hace presente para pensar la cristología, la gracia y de un cierto modo también los sacramentos.

En un nivel menos universal, una tarea semejante se nos impone cuando se trata de pensar la seguridad de una nación. En primer lugar, nadie puede dudar de que la seguridad es un valor y de que la nación también lo es, siempre que sean entendidas correctamente. En efecto, pueden ser comprendidas de tal manera que sean un desvalor. Es el caso de la nación como fue concebida por los nazis, y que llevó al pueblo alemán a una catástrofe sin precedentes. Detrás de las palabras hay una concepción y es ella la que permite determinar si las palabras son aceptables o no.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que la concepción puede estar o inmediatamente detrás de las palabras o de tal manera dispersa detrás que sea muy difícil caracterizarla. El primero es el caso de los pensamientos que tienen su origen en Europa continental. Cuando uno lee un tratado de geopolítica de inspiración nacionalsocialista, la filosofía está a flor de piel. Lo mismo sucede con un marxista. Incluso en el caso de un pensador del Extremo Oriente. Los escritos sobre estrategia de Mao se inspiran en una filosofía que él ha desarrollado explícitamente en otros escritos. No hay por donde perderse. El segundo es el caso de las ciencias sociales de inspiración anglosajona. Ahí la filosofía está presente como una atmósfera: se la respira todo el tiempo, pero uno no se da cuenta, salvo cuando el aire está demasiado enrarecido. Y entre estos dos casos extremos se da toda la gama de intermedios.

En consecuencia, cuando uno quiere pensar cristianamente la seguridad nacional, no puede atenerse sólo a las palabras o a las concepciones explícitas. Se requiere una búsqueda más fina. Las ciencias sociales del mundo anglosajón tienen, a menudo, subyacente la concepción liberal del hombre, que es incompatible con la cristiana. Pero hay que rastrearla con cuidado, porque muchas veces no está ahí donde uno esperaría encontrarla, en los textos teóricos introductorios, sino en las partes operativas, donde se dice qué es lo que hay que hacer. Si uno se limita a reemplazar los textos explícitos liberales por textos cristianos, corre el peligro de confundir todo: la concepción liberal seguirá disimulada en los textos operativos y el conjunto se beneficiará de la

legitimación cristiana. Hay injertos que en lugar de robustecer a la planta, la matan.

Frente a las diferentes concepciones de la Seguridad Nacional, se impone lo mismo que nos indica Paulo VI en "Octogésima Adveniens", N^os. 31 y 35 con respecto a las corrientes socialistas y a la ideología liberal: un atento discernimiento. Ahora bien, un discernimiento supone criterios. Aquí desarrollaremos sucintamente el criterio de la persona y del bien común.

La persona y el bien común

"Ningún objetivo del gobierno es más central que la protección de la seguridad física de sus ciudadanos. Filosóficamente, muchos pensadores han sostenido que ésta es, de hecho, la última razón por la cual la humanidad forma gobiernos" (Richard Smoke. "National Security Affairs", p. 247). Es tan obvia la necesidad de seguridad que a muchos les parecerá que este pensamiento hay que aceptarlo sin más. Pero la frase por su nivel de generalidad, oculta algunas dificultades que están detrás. Si nos asomamos a la concepción liberal de la sociedad ellas comenzarán a aparecer.

En la base del pensamiento político anglosajón está Hobbes (1588-1679). Hasta entonces las grandes concepciones filosóficas piensan al hombre a partir de su fin: éste se orienta a alcanzar el Sumo Bien, a realizar el paradigma del "hombre perfecto", si bien es cierto que el bien y la perfección son entendidas de maneras muy diferentes. Se piensa al hombre desde su meta. Hobbes opera una inversión muy radical: piensa al hombre a partir de su principio, una capacidad insaciable de conquista.

"En primer lugar, pongo como inclinación general de toda la humanidad, un perpetuo e incesante deseo de poder tras poder, que cesa sólo con la muerte. Y la causa de esto no es siempre que el hombre espera un deleite más intenso del que ya ha adquirido; o que no puede estar contento con un poder moderado: sino que no puede asegurar el poder y los medios para vivir bien que tiene ahora, sin la adquisición de más. Y de aquí se sigue que los reyes, cuyo poder es el más grande, dirigen sus esfuerzos a asegurarlo en casa por leyes, o afuera por guerras: y

cuando esto ha sido logrado, entonces sucede un nuevo deseo... (Hobbes. "Leviatán". Libro I, cap. XI)".

Este es el primer canto del gallo del hombre burgués, que estaba emergiendo en Europa. Mientras está con vida el hombre avanza a la conquista de nuevas y nuevas metas, sin saber bien para qué. Pero esto traería la "guerra de todos contra todos". Entonces es preciso hacer un pacto y transar: cada cual cede algo y la sociedad le garantiza en retorno su seguridad, un espacio dentro del cual puede desplegar su poder sin ser perturbado. La vocación del hombre es individual, no comunitaria. La sociedad tiene como finalidad asegurar el requisito para que esa vocación pueda desplegarse, la seguridad.

En las antípodas de esta concepción se encuentra la visión cristiana.

"La Biblia nos enseña que el hombre ha sido creado "a imagen de Dios"... Pero Dios no creó al hombre solitario. Desde el principio "los hizo hombre y mujer" (Gén. I, 27). Esta sociedad de hombre y mujer es la primera expresión de la comunión de personas humanas. El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social y no puede vivir y desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás ("Gaudium et Spes", N^o 12)".

El hombre es creado a imagen de Dios. Ahora bien, Dios es fundamentalmente amor y comunicación; eso es la vida trinitaria y eso también la creación. De ahí que la vocación profunda del hombre sea la comunión. A todos los niveles: no sólo en la relación hombre-mujer, sino también en la familia y en la sociedad política (N^o 25). Y ella no se limita al plano nacional sino que apunta a la progresiva unificación, a lo largo de la historia, de todo el género humano (N^o 24). En la concepción liberal de la persona y del bien común, el otro es el límite a mi expansión y con él tengo que transar mi propia seguridad. En la concepción cristiana el otro, personas y grupos, es el interlocutor sin el cual yo no sería plenamente yo mismo. El bien común es, entonces, bien de comunión, de participación.

Este es el cuadro dentro del cual hay que pensar la Seguridad Nacional desde un punto de vista cristiano. Ella no es el fin de la sociedad, ni "el objetivo central

del gobierno" es el medio, el requisito que hace posible que las personas participen en el bien común. Lo primero y lo central es la participación, participación de personas, en una comunión entre personas, expresándose en todas las instituciones intermedias.

Hay momentos, sin embargo, en que el requisito se convierte en prerequisite: son los momentos de emergencia. Pero una emergencia es por su naturaleza misma transitoria y tiene que ser vivida con espíritu de tránsito. Esto significa que uno la vive con la conciencia de que es una mutilación. Vale la pena hacer notar que en tales casos el mutilado no es sólo el grupo que la sufre directamente, es todo el cuerpo social. Mientras más son los grupos reducidos al silencio, más empobrecidos se van quedando los que conservan la palabra.

En un organismo hay bacterias y virus. La salud no consiste en su total eliminación, sino en que el equilibrio se incline en favor de los factores de la vida. Aunque la sociedad no es un organismo, las comparaciones biológicas pueden ayudar a entenderla, hasta cierto punto. En el presente caso, la analogía vale aún más para la sociedad. Los elementos de disociación no son bacterias, sino seres inteligentes y libres. La pregunta correcta no es: "¿hasta qué punto es posible incorporarlos o reincorporarlos en un consenso social estable?". Habrá, sin duda, elementos absolutamente refractarios y frente a ellos el cuerpo social necesitará sus defensas, su Seguridad Nacional.

Queremos terminar estas líneas citando los párrafos finales de la homilía sobre Seguridad Nacional que pronunció el

Obispo de Valdivia, Monseñor José Manuel Santos, en el Te Déum celebrado en la catedral de su diócesis, el 18 de septiembre del año ppdo. (ver Mensaje N° 254, pp. 597 a 599).

"La Seguridad Nacional es necesaria, no como un fin, sino como un medio que ayuda a alcanzar el bien común de la sociedad. Está allí su norma, su unidad de medida y la regla de evaluación para juzgar sus procedimientos.

"Cada cual, dice Su Santidad el Papa Juan XXIII, ha de actuar por propia decisión, convencimiento y responsabilidad y no movido por la coacción o por presiones que en la mayoría de las veces provienen de la fuerza. Porque una sociedad que se apoya sólo en la razón de la fuerza ha de calificarse de inhumana. En ella efectivamente los hombres se ven privados de la libertad en vez de sentirse estimulados, por el contrario, al progreso de la vida y al propio perfeccionamiento". Mientras más fuerte es la cohesión interna de una comunidad, menos necesarias serán las medidas de fuerza para unirla. Cuando cada uno de los ciudadanos está satisfecho de su trabajo, de su salud, de su vivienda, en una palabra, cuando menores son las tensiones internas, menores serán los peligros que pongan en juego la Seguridad Nacional.

Insensato sería pensar que una nación no necesita tutelar su propia subsistencia a través de los instrumentos propios de la Seguridad Nacional, pero igualmente insensato sería pensar que la Seguridad Nacional pueda ponerse por encima de la persona humana sin cautelar la legitimidad de sus procedimientos o la consideración del bien común".

